MAÑARA Y EL "DONJUANISMO"

ACTUALIDAD INTERNACIONAL DE ESTA «LEYENDA NEGRA»

El nombre del ilustre sevillano, D. Miguel Mañara, alcanzó resonancia universal en alas de una copiosa literatura que culminó en el tópico monstruoso de considerarle como el prototipo del «donjuanismo»: agravio tan hondo y lejano que parece ineficaz el propósito de intentar desarraigarlo. En nuestros días continúa de actualidad esta equívoca personificación del «Don Juan», y así vemos cómo, al proseguirse en Roma la causa de beatificación del Venerable Mañara, publicó *Paris-Match* un artículo intitulado *Don Juan contrito, candidato al cielo.* Mientras, por otra parte, se reedita el «poema» del filandés Oscar Wenceslas de Lubiecs, *Don Juan de Mañara,* de cuyo poema dice Arman Godoy, apasionado crítico del poeta y escritor antedicho que firma con el seudónimo de «Milosz», lo siguiente: «*Mañara* es el más grande acierto de nuestro poeta, pues el Don Juan de *Las Siete soledades* y el de *Iniciación amorosa,* se ha transformado en el «donjuanismo» ideal, humana encarnación del amor divino (?). De este poema de «Milosz» nace el libreto de la Opereta *Don Juan de Mañara,* que se reestrenó, con música de Tomassi, en 1958. En el presente año ha sido reestrenado, en San Miniato (Italia), el «drama religioso» del referido poeta, titulado *Miguel de Mañara,* el cual fue puesto en escena por los miembros del «Instituto del drama popolare», y de cuya representación ha dicho José M.ª Buguella: «Un éxito artístico del calavera y tenorio sevillano, redimido por el amor y la fe». Los bellos versos de dicho drama falsean por completo la verdadera vida del caballero Mañara, en un argumento absurdo y disparatado.

Más de 65 obras, en todos los idiomas, demuestran que el mito de Mañara, continúa estando de actualidad, pues mientras los seguidores de la «leyenda negra» y enemigos de la verdad tratan de llenar de

nieblas su biografía y de confundirlo con el legendario personaje símbolo del Tenorio, en Sevilla se conmemora el III centenario de su elección para Hermano mayor de la Muy Humilde y Real Hermandad de la Santa Caridad, donde en 1664 dio comienzo Mañara a su admirable fundación del Hospicio de transeúntes y luego del Hospital de incurables; obras que continúan en la actualidad en pleno auge, constituyendo una gran obra de verdadera caridad cristiana y una «escuela» de perfección para los seglares, gracias a las sólidas, fundamentadas y acertadas *Reglas,* que les dio su Venerable fundador. Otro motivo de actualidad es que se prosigue el «Proceso de non cultu», incoado en la Sagrada Congregación en el año 1680, decretado en 1749 y continuado hasta 1794, en cuya fecha fue sustraído, con otros documentos, de los Archivos Vaticanos y llevado a la capital de Francia por las tropas napoleónicas. Providencialmente, en nuestros días, se logró encontrar dicho «Proceso» y los documentos en la Biblioteca Nacional de París, lo cual ha permitido la reanudación de dicha causa de beatificación, sobre la cual ha escrito ampliamente, con su inconfundible estilo, sólido y fundamentado, el M. I. Sr. Dr. D. José Sebastián y Bandarán, canónigo hispalense, Director de la Real Academia de Buenas Letras y Vice-Postulador de la referida causa. Varios artículos periodísticos se han publicado últimamente, con motivo del III centenario antes dicho. Entre ellos, recordaré los del erudito, D. Santiago Montoto, el de Rafael Laffon, maestro de la actual generación poética sevillana, el del joven poeta y escritor, Joaquín Caro Romero, y otros varios, en los que se restablece la verdadera vida de este Venerable siervo de Dios, padre de los pobres y maestro de seglares.

Orígenes de esta leyenda negra

Nadie había confundido jamás a D. Miguel con «Don Juan», pero en la primera mitad del pasado siglo dieron en venir a Sevilla ciertos literatos franceses. Tiempos eran en que aún no había remitido la fiebre romántica perturbadora, acaso porque faltaba beneficiar el próvido yacimiento de la Andalucía incógnita. Novelescos intérpretes, precipitados y aturdidos, de la noble tierra del Sur y de la sicología de sus gentes.

Van a la «Santa Caridad», que, por cierto, es una magnífica expresión de la Sevilla auténtica, pero la cual no saben ni aciertan a admi-

rar los observadores extranjeros. Mañara sólo les interesa como pretexto para servir el gusto romántico imperante, que quiere deformaciones morbosas de la realidad humana: amoríos insensatos, desengaños trágicos y lances de cementerio. Por esto, al contemplar los maravillosos lienzos de Valdés Leal, sobre los jeroglíficos de las postrimerías y al ver los enterramientos y la espada de D. Miguel, conservada en una urna de cristal, piensan: ¡buen hallazgo, pues, aquel Mañara que manda pintar cadáveres y esqueletos y grabar en la lápida de su sepultura: «Aquí yace el peor hombre que ha habido en el mundo. Rueguen a Dios por él!». Sin duda —debieron interpretar— por arrepentimiento de una mala vida.

Si a esta equívoca interpretación se unen las leyendas que desde los tiempos medievales bullían por Sevilla, aplicadas por la fantasía popular a diferentes personajes, tenemos los elementos con que, sin querar informarse, sin apenas fundamento y mucha fantasía, escribieron sus obras.

Mucho contribuyó Merimée, con su novela *Las Ánimas del Purgatorio,* a establecer la confusión lamentable; pero fue en definitiva Alejandro Dumas (padre) quien publicó en 1836 su *Don Juan de Marana* (sic).

Después de este viaje acompañando a la Embajada francesa, como cronista, volvió Dumas a la capital del Betis en 1854, invitado por los Duques de Montpensier a su palacio de San Telmo, maravillosa obra de arte del barroco sevillano. Entonces publicó su *Don Juan de Mañara o la caída de un ángel,* inculcando a sus lectores el concepto erróneo del «donjuanismo» de Mañara, que fue aceptado como verdad por el mundo, en la propia España y aun en Sevilla, cuyo carácter, debilitado por un afán de snobismo, se abría liviano a todas las modas exóticas.

Por aquellas fechas publicó su biografía de Mañara Antonio de Latour, el cual si bien es verdad que no confunde a D. Miguel con «Don Juan», dice así: «Miguel de Mañara se entregó a las mismas pasiones del otro D. Juan, sobre todo al orgullo y a la sensualidad». Después, el alemán Widmann, publicó su *Don Juan de Maranna,* al que sucedieron otros varios como el del francés De la Hire, en 1898. Escritores españoles, como Dicenta, Argüelles y varios más siguieron copiando a Dumas.

Mario Méndez Bejarano llegó a decir en un libro de texto: «El verdadero Tenorio es el sevillano Miguel de Mañara». El poeta Cano y Cueto atacó a Mañara en una de sus primeras obras, pero supo informarse y rectificar posteriormente y de él son estos sencillos versos:

No sé cómo, en tal empeño
y confusión, hay quien ande,
siendo Mañara tan grande
y Tenorio tan pequeño.
Éste, mito o realidad,
nada dejó tras su huella;
tiene aquél su hisotria bella
escrita en "La Caridad".

Más modernamente, otros le atacan por considerarlo un émulo del Tenorio, y le achacan toda suerte de desatinadas aventuras y viajes por Italia y Francia, como hace Ester Van-Loo y el danés Svend Borberg en su *Don Juan Andante.*

La verdad sobre Mañara

Un contemporáneo de Mañara, el Rvdo. P. Juan de Cárdenas, S. J., publicó, ya en 1680, la *Breve relación de la muerte, vida y virtudes del siervo de Dios, don Miguel Mañara.* Esta documentada obra, escrita al año de fallecer el Venerable, se reeditó en 1874, y, adicionada con importantísimos documentos encontrados por M. Gómez Ímaz y José M.ª de Valdenebro, se volvió a reeditar en 1903. Creo que es la obra más completa y magníficamente editada por el cuidadoso impresor sevillano Enrique Rasco.

Biografía algo novelada es la de Carlos Slatter. Otra biografía publicó un monje basiliano y otra más el Rvdo. P. Avilés. Más moderna es la que publicó el magnífico periodista que fue José Andrés Vázquez, en 1943. Ultimamente se publicó otra biografía por la Reverenda Madre Luz Tassara, y hace aún pocos días que salió la extensa, documentadísima y completa biografía del Rvdo. P. Granero, S. J., que incluye una amplia bibliografía. En trabajos monográficos de investigación resalta el de Celestino López Martínez, quien, después de bucear en el Archivo de Protocolos Notariales de Sevilla, publicó su

trabajo intitulado *La Hermandad de la Santa Caridad y el Venerable Mañara,* estudio en el que llega a la siguiente conclusión: «Es un absurdo histórico, estético, cronológico e ideológico confundir dos tipos de humanidad tan distinta y hacer del mozo gallardo y caballeroso el engendro sombrio y violento del personaje central de Dumas». Interesantísimo es el trabajo *La Santa Caridad y don Miguel Mañara,* resumen de las investigaciones de Francisco Collantes de Terán, en los Archivos y Actas del Cabildo del Municipio Hispalense.

Muy erudito fue el trabajo *Génesis y desarrollo de la leyenda de Don Juan Tenorio* debido a la pluma del ilustre sevillano, Joaquín Hazañas y la Rúa. Entre otros, los trabajos del historiador, D. Luis Montoto y el de D. Francisco de Borja Palomo, así como el documentado folleto de D. Ramón de Ibarra, prueban la verdadera vida de Mañara.

Don Miguel no fue «Don Juan»

Que Mañara no fue, no pudo ser el prototipo de Tenorio, se demuestra, entre otras, por las siguientes razones:

1.ª Don Miguel, séptimo hijo de nobles italianos, avecindados en Sevilla, nació el 3 de marzo de 1627. Al año siguiente, escribió Fray Gabriel Téllez su drama *El Burlador,* el cual se publicó en 1630, en una colección denominada *Doce comedias nuevas de Lope de Vega Carpio y otros autores.* Entre estas comedias va incluido *El Burlador de Sevilla o Convidado de Piedra,* firmado con el seudónimo de «Tirso de Molina». Esta comedia dramática fue representada por el actor Roque de Figueroa, y en 1636 se estrenó en Sevilla. Tirso utilizó una serie de leyendas que corrían por Andalucía desde remotos tiempos y las situó sobre el fondo placentero y luminoso de Sevilla, ciudad que, por entonces, era el centro intelectual de España. Algunas de estas leyendas y sucesos sobrenaturales, atribuidos a Mañara muchos años después, aparecen ya en *Las flores curiosas,* de Gaspar de Torquemada (1570) y otras en *Las soledades de la vida,* de Gaspar de Lozano (1623).

Muchas de estas leyendas tienen su origen en las amorosas y múltiples aventuras del rey D. Pedro I, el Justiciero-Cruel, y en las andan-

zas de su corte. El nombre y apellido de su Don Juan Tenorio, lo tomó Tirso de el del mayordomo mayor de dicho rey, comendador de Estepa por la Orden de Santiago, descendientes de unos nobles oriundos de un pueblo de Pontevedra, los cuales vinieron a Sevilla cuando la reconquista de dicha ciudad por el rey San Fernando. Por esto Tirso hace decir a su personaje: «Yo soy noble caballero de los Tenorio, antiguos ganadores de Sevilla». *El Burlador* fue la base de todos los «donjuanes» posteriores, como afirma Said Armesto cuando dice: «La figura audaz de Don Juan, iniciada por Tirso, lleva hasta ahora producidas un sinnúmero de obras de todo género y calidad, continuando en gravitación constante las producciones alrededor de este mito literario creado por Tirso, según la investigación de Vernerkraus y los estudios realizados por D. Ramón Menéndez Pidal». Confirma la difusión de este mito literario D. Marcelino Menéndez Pelayo, que afirma: «Don Juan es de todos los personajes de nuestro teatro, el que conserva personalidad más viva y el único que, fuera de España, ha llegado a ser tan popular como Hamlet, Otelo y Romeo».

Era aún muy joven Mañara cuando, en París, estrenó Molière su *Don Jean ou le festin de pierre,* que, en el fondo, es una imitación del drama de Tirso, como afirma E. Cotarelo Mori en sus *Últimos estudios sobre El Burlador.* Todos los «donjuanes» posteriores, como los de Dumas, Corneille, Shawell, Lord Byron, Mozart, Cicognini, Goldoni, Hoffmann, etc., parten del drama de Tirso de Molina. Cronológicamente, pues, no podemos admitir que sea Mañara el modelo del personaje símbolo del «donjuanismo».

2.° Don Miguel Mañara, criado en la severidad de un hogar muy devoto, fue un mozo temeroso de Dios y un buen hijo que secundaba a su padre en el escritorio de su casa, donde tenían «negocios y un grueso trato, que envían y traen de las Indias». Siendo aún adolescente, Mañara vistió el hábito y venera de Calatrava, para lo cual se le hicieron las informaciones y probanzas de rigor en esta Orden religioso-militar.

El «donjuanismo», tal como lo comprendieron en los siglos XVII y XVIII hasta llegar a Hoffmann, aparece como «un sistema irreligioso e inmoral, como una filosofía de la vida, egoísta y antisocial». Así dice G. de Bevotte, quien añade: «Don Juan es la personificación de la humana rebeldía embriagada de la vida y provocadora de Dios».

De Mañara nos consta, por el testimonio de sus contemporáneos y las declaraciones juradas de los viente testigos «de vista y trato», que depusieron en la *Información de la vida y virtudes del siervo de Dios Don Miguel Mañara Vicentelo de Leca,* incoada por el arzobispo hispalense en 1680: «que fue un joven elegante, algo dado al fausto, buen jinete que corría cañas y alanceaba toros, pero cuya vida fue normalmente honesta». «Bizaro y dado a los pasatiempos», afirma Ortiz de Zúñiga, el célebre autor de los *Anales de la M. N. y M. L. Ciudad de Sevilla,* también contemporáneo de Mañara. Del joven católico, que, en su mocedad, tiene algún resbalón aturdido, al profesional conscupiscente, va mucho margen de ingénita conciencia y noble decoro. No podemos aplicar a Mañara lo que dice Castelot: «Las concepciones del «donjuanismo» están basadas en la sensualidad e ignoran el amor». A Don Miguel le han tergiversado y hecho falsamente símbolo y «slogan» del casticismo romántico y de la impudicia universal.

3.° «Don Juan» no se casó nunca. Don Miguel se casó a los veintiún años, en setiembre de 1648, con doña Jerónima Carrillo de Mendoza, noble muchacha granadina de talle esbelto, facciones torneadas y ojos inmensos y arebatadores. No es extraño, por tanto, que Mañara viviera muy enamorado de la dulce gentileza de su esposa y fuera un buen marido.

4.° A los veintidós años heredó Mañara, con el mayorazgo, el cargo de provincial de la Santa Hermandad, con asiento en el banco de justicia del cabildo del municipio hispalense, para lo cual se hicieron las oportunas informaciones. Las *Actas Capitulares* prueban que era un honrado y estimado ciudadano y demuestran su buena fama.

5.° Jamás salió Mañara de España, ni casi de Sevilla, pues tan sólo en 1657 y 1658 fue a la villa y corte, representando a su ciudad y acompañado de otros regidores. Algunas temporadas residió en las fincas de Montejaque y Benaojan, que correspondían al «señorío» del cual era heredera su esposa. A los treinta y dos años, y a consecuencia del prematuro fallecimiento de su joven esposa, D. Miguel decidió cambiar lo efímero y mundanal por lo eterno y divino. Desde entonces, encaminó sus pasos por el espinoso sendero de la abnegación, del sacrificio y de la más ardiente caridad. Animado, pues, de tan santos propósitos, se retiró una temporada al cenobio carmelitano del «De-

sierto de Ntra. Señora de las Nieves»; más tarde, aconsejado por su director espiritual, fray Antonio de San Pedro, religioso mercedario descalzo del convento de San José (tan próximo a la casa-palacio de los Mañara en la calle Levies 23, de la collación de san Bartolomé), se consagró, como seglar, a servir a Dios en sus pobres, solicitando en 1662 su ingreso en la primtiva cofradía de la Santa Caridad, para lo cual se le hicieron las pruebas e informaciones oportunas, siendo admitido a los comienzos de 1663. Así vemos cómo históricamente es un imposible suponer en Mañara las desatinadas aventuras y los viajes del «Don Juan». Debo aclarar que, como dice D. Francisco de Borja Palomo, «se refieren varios hechos sobrenaturales acerca de su mudanza de vida, sin que ninguno merezca crédito a los ojos de una sana crítica, por carecer todos ellos de sólido fundamento».

6.° No existe en la vida de Mañara tiempo ni ocasión para las supuestas aventuras «donjuanescas». Algún escarceo amoroso, alguna cita, algún desafío o pendencia juvenil, explican que, dada su posterior vida de perfección, él mismo por humillarse se consideraba «el peor hombre del mundo» y se achacara, en su testamento y en su *Discurso de la verdad*, faltas y culpas —más bien de pensamientos y deseos, que de hechos efectivos— consideradas graves para una conciencia estricta, pero que ponen muy poco al lado de las legendarias trapisondas y crímenes del Tenorio. Como ya se indicó, la visita a la Santa Caridad y la lectura del referido testamento, fueron las deleznables bases sobre las cuales, con su fabulosa imaginación novelesca, forjó Dumas la obra que dio origen a la leyenda negra de Don Miguel Mañara.

7.° Mañara en el cabildo de la Pascua de Navidad de 1663 fue elegido para hermano mayor de la Santa Caridad, cargo que conservó hasta su muerte. Esto es un claro testimonio de la alta consideración y estima en que todos le tenían. La dicha Cofradía tan sólo tenía por misión, entonces, asistir a los ajusticiados y enterrar a los ahogados en el Guadalquivir. Don Miguel la dio nuevas Reglas y sólidas Constituciones, fundando el Hospicio en 1664, el cual labró en parte de las cuatro naves de las Reales Atarazanas, contiguas a la ermita del señor san Jorge, que estaban destinadas a almacenes, y logró adquirir para su fundación. En dichas naves sitas en la resolana a orilla del Guadalquivir, consiguió establecer una enfermería y después fundar el

Hospital de incurables, que dejó con cincuenta camas y hoy tiene ciento sesenta, a más de una nueva sala actualmente en construcción.

En contraposición al mítico «Don Juan», Mañara realizó unas obras de asistencia social asombrosas para su época, hasta el punto de que algunas de las obras de caridad que dispuso, constituyen, al presente, una novedad, y otras aún no han sido superadas.

Su cultura esmerada y su conocimiento de las *Sagradas Escrituras*, se reflejan en todos sus escritos, cuyo estilo el propio Latour compara con el de Bossuet. La supervivencia admirable y providencial de esta Hospitalidad de la Santa Caridad —pese a las vicisitudes de los tiempos— es el mejor argumento que prueba la virtud heroica del siervo de Dios, D. Miguel Mañara. Fue un asceta que vivía en el mundo como si estuviera en la religión más recoleta, pero sobre todo fue un verdadero padre de los pobres y un gran maestro de seglares, que consiguió que los principales caballeros sevillanos ingresaran en la Santa Caridad, y allí se perfeccionaran y santificaran, sirviendo a los pobres y enterrándolos, así como a los ajusticiados y a los hermanos.

8.° Mañara en 1671 dejó su casa-palacio y se trasladó a otra muy modesta en la actual calle de Miguel Mañara, para estar más cerca de «sus amos y señores, los pobres de Jesucristo». En 1675 consiguió la aprobación de las *Reglas de la Santa Caridad*, las cuales continúan al presente. En 1667 pidió y obtuvo permiso para trasladarse a vivir al mismo Hospital, donde, admirado y respetado por todos, falleció en olor de santidad el 9 de mayo de 1679.

Además de las obras antes dichas, sobre el derribo de la ermita referida, labró la magnífica iglesia que hoy admiramos y a donde diariamente llegan de visita multitud de turistas, pues atesoró inapreciables obras de arte, como son los mejores cuadros de Murillo, los de Valdés Leal, las esculturas de Pedro Roldán y el retablo de Bernardo Simón de Pineda, entre otras muchas joyas artísticas. Mañara fue un seglar modelo, lleno de una fe intensa, de una ardiente caridad y de una humildad perfectísima.

9.° En su fundación del Hospital y Hospicio de la santa Caridad, todo es rico y todo es pobre, todo grande y todo chico, todo soberbio y todo humilde. En ella es rico el pobre, grande el chico, humilde el soberbio y todo es caridad, pues todo es rico para servir al pobre. To-

do grande, para que entre y quepa el chico; todo el edificio majestuoso, para que sirva al humilde y humillado.

Hora es ya de que se le haga justicia a Mañara y se dé a conocer la verdad de su vida y sus obras, tan diametralmente opuestas a la legendaria concepción del «donjuanismo».

El noble pueblo de Sevilla sabe cuánto bien realiza esta institución, que calladamente practica la verdadera caridad. Por eso, cuando suena su campanilla y se ve venir su Crucifijo y los faroles, portados por pobres con hopas y sombreros azules y detrás la camilla con el féretro a hombros de sus hermanos, un respeto imponente es el mudo testimonio de la admiración y respeto del pueblo sevillano, que, entre sus mayores glorias, cuenta al Venerable Don Miguel Mañara Vicentelo de Leca.

JOAQUÍN TASSARA Y DE SANGRÁN